

D. MARIANO DE LA BÁRCENA

NATURALIBUS SCIENTIIS PERITISSIMO

ET

Mexicanæ Societatis Historiæ Naturalis

QUARTO PRÆSIDI

FASCICULUM HUNC EADEM SOCIETAS

D. O. C.



L día 10 de Abril de 1899 pagó su tributo á la tierra, el muy distinguido naturalista, SEÑOR INGENIERO D. MARIANO DE LA BÁRCENA, miembro de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Nacido en modesta cuna el 22 de Junio de 1842, en la Ciudad de Ameca, en el Estado de Jalisco, llegó á desempeñar, en el transcurso de su vida, importantes cargos públicos, merced á sus relevantes méritos.

Muy joven llegó á esta Capital con sólo los conocimientos de instrucción primaria. Ingresó en seguida á la Academia de San Carlos (actualmente Academia N. de Bellas Artes). No satisfecho con dedicarse tan sólo al arte del dibujo, se entregó con ardor al estudio de las ciencias físicas y naturales, para las que tenía privilegiadas aptitudes; siguiendo con regularidad los cursos de la Escuela Nacional Preparatoria, y más tarde los del Colegio de Minería (hoy día, Escuela N. de Ingenieros). En 1868, siendo aún cursante de la clase de Mineralogía, recibió el diploma de socio de número de la naciente Sociedad Mexicana de Historia Natural, y pocos años después, en 1872, ocupó temporalmente el puesto de profesor de la asignatura arriba expresada, por especial recomendación de su sabio maestro, el Señor Ingeniero de Minas, D. Antonio del Castillo: merecido galardón al novel naturalista, cuyo nombre traspasaba los dinteles de las aulas. Con tal carácter dirigió la práctica de los alumnos, en el correspondiente año, bajo un plan eminentemente científico; al terminarla, rindió un erudito informe sobre los múltiples asuntos á que hizo extensivas sus investigaciones: la Flora, la Fauna, la Mineralogía, la Geología, la Arqueología, la Geografía y Estadística, referentes á varios Distritos del Estado de Querétaro, fueron tratadas con la precisión de un sa-gaz observador. Con los datos recogidos desde entonces, pudo fijar más tarde un importante horizonte geológico del país: el del terreno mesozoico, vagamente señalado antes de él.

Si algunas de las clasificaciones de los fósiles que son característicos de aquella edad geológica, fueron en algún punto equivocadas ó mal referidas á distintos períodos de la misma, lo que aún acontece á los especialistas, otras, en cambio, han sido sancionadas por la ciencia.

En el mismo año de 1872, recibió el diploma de socio honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y en el año siguiente presentó á esta respetable Corporación, un bien acabado estudio acerca del Mineral del Doctor, en el Estado de Querétaro, que mereció los honores de la publicación.

En el campo de la Botánica, á la que tenía también gran predilección, cosechó ópimos frutos, que aprovechaba en sus escritos, difundiendo así con ellos el conocimiento de nuestra Flora. Su pericia en esta materia le hizo descubrir cinco ó seis especies nuevas de vegetales, recibiendo algunas de ellas, con el tiempo, la sanción científica.

El año de 1874 comunicó á la Sociedad Mexicana de Historia Natural, el descubrimiento de una nueva especie mineral de mercurio, procedente del Mineral de Huitzoco, en el Estado de Guerrero; la que analizada después, resultó ser un sulfo-antimoniuro de mercurio y á la cual dió el nombre de *Livingstonita*.

No pasó mucho tiempo, sin que á su vez le fuera dedicada otra nueva especie, derivada de la anterior, por el Señor Profesor Mallet, de los Estados Unidos: una y otra aceptadas en la ciencia.

No fué sola la distinción de esta clase que recibió; el mundo de Flora dió también su contingente para orlar la frente del sabio; cinco especies de plantas le fueron dedicadas por botánicos distinguidos, de dentro y fuera del país; siendo de todas, la más notable, una sexta, que constituye un nuevo género. Por la mano de un hábil entomologista, el Señor Dr. D. Eugenio Dugès, la Fauna contribuyó también á honrar su nombre, señalando con él una especie desconocida de Coleóptero.

La labor científica de nuestro biografiado que, sin exageración alguna, puede calificarse de extraordinaria, lo llevó al seno de numerosas academias y sociedades, tanto nacionales como extranjeras, que sería largo especificar. Bástenos decir que sus trabajos publicados acerca de la Geología y Mineralogía mexicanas, ascienden á 64, y más del doble seguramente, los relativos á los demás ramos que cultivaba, siendo algunos de ellos de grande extensión é importancia.

Con su habitual empeño y reconocida competencia, ocupó por largos años el puesto de Director del Observatorio Meteorológico Central, y por mucho menor tiempo, los de Profesor de Geología en la Escuela N. de Agricultura, y de Mineralogía, Geología y Paleontología, en el Museo Nacional.

Con su genio perspicaz y organizador, desempeñó acertadamente las múl-

tiples comisiones que le fueron encomendadas, pues su personalidad en muchos casos era de todo punto necesaria.

Como hombre que sobresalía de la esfera común por su saber é inteligencia, atrajo hacia sí, la atención pública, y no obstante de que su carácter lo alejaba por completo de la política, se vió obligado á prestar en ella sus servicios.

A grandes recompensas honoríficas se hizo también acreedor, recibiendo por algunos de sus trabajos, merecidos premios en distintos concursos. Una alta distinción le fué igualmente otorgada en el extranjero, con el nombramiento que le expidió la Reina Regente, en representación de S. M. el Rey de España D. Alfonso XIII, de Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica.

Vamos á terminar: condensando en pocas palabras el mayor homenaje que podemos tributar á su memoria, repetiremos los bellos conceptos que emitió el Sr. Ingeniero D. Santiago Ramírez, en el "Elogio fúnebre" que pronunció ante la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, correspondiente de la Real de Madrid, en honor de nuestro biografiado: tuvo, dijo, "la triple felicidad que proporcionan los goces de la inteligencia, por el estudio; los goces del corazón, por el cariño; y los goces del alma, por la virtud."

El nombre del conspicuo naturalista MARIANO DE LA BÁRCENA, quedará para siempre inscrito en el libro de la inmortalidad.

México, Septiembre de 1902.

Manuel M. Villada.



